

vive explotando el deseo "en la subasta pública de la sensualidad".

Son comprimidos, son síntesis terribles, admirables de penetración y de fuerza los poemas de este descubridor de lacras en la opulencia y en el deslumbramiento, que en pleno Riverside llegó a la conclusión de que "la velocidad es la única interpretación que Nueva York da a la palabra Libertad". En Sepúlveda había un moralista sin el ceño fruncido, que soltaba sus condenaciones entre carcajadas, y un prosista "que le daba de comer al poeta", como dice su hermano.

L. E. NIETO CABALLERO.

*Margarita Ramírez tuvo un hijo*, J. C. MARTÍNEZ.—Bucaramanga, Ed. La Cabaña, 1938.

Juan Cristóbal Martínez, como novelista, es el mismo ingenioso y desenfadado cronista que ha hecho célebre el seudónimo de *Juancé* en toda la República. Con el llamativo, sugestivo título de *Margarita Ramírez tuvo un hijo* ha obtenido una victoria ruidosa. Es un libro que se lee de corrido, sin soltarlo, por su amenidad, su gracia, la fina observación, las estupendas descripciones, el cariño al pasado, la noble presentación de tipos desaparecidos. Tiene el calor de la tierra y su color, la deliciosa evocación de tiempos idos, el elogio de las virtudes, de las costumbres, de las poblaciones santandereanas.

La trama de la novela, de sostenido interés, no llega a la tragedia, como todo parecía hacerlo sentir, sino a un acomodamiento raro, inverosímil. Margarita Ramírez, muy bella, muy esbelta, de familia en que habían predominado las locas de su cuerpo, vino a ejercer la profesión de hetaira en Bogotá. De ella se enamoró un muchacho santandereano, a quien trataba con dulzura, pero a quien no concedía otros favores que los de sus promesas. Con el tiempo vino a saberse que era hijo de ella. Ella lo sabía. De ahí su reserva. Pero cuando, de regreso a Bucaramanga, en vísperas del matrimonio de su hijo, el origen de éste se descubre, no pasa absolutamente nada. Nada, sino que en el banquete de bodas, a la hora de los brindis, el novio levanta la copa y exclama: "Mamá, por tí! Ahora podemos gritar a las gentes, con orgullo, lo que hace treinta años tenías que ocultar por vergüenza, que Margarita Ramírez tuvo un hijo".

El libro en conjunto es una golosina. Una tajada jugosa de carne santandereana.

L. E. NIETO CABALLERO.

*Doce poemas de ternura*, Ofrenda al hijo soñado, DALIA IÑIGUEZ.—Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1938.

El nuevo libro de la insigne cubana Dalia Iñiguez es un breviario lírico de las madres, un cofre armonioso de las expectativas maternas.

Motivo de los poemas, hilo que los cose en uno y les da sangre y espíritu, es el anhelo santo de la maternidad, el ansia creadora de lo semejante. De bíblica sencillez, bulle en ellos la vida que ansía multiplicarse, darse en oblación eterna al nuevo sér esperado, al que ha de ser flor maravillosa del suyo y síntesis de su yo. Son un eco milenario, en potencia siempre en el alma femenina, de aquel canto eterno que alegró las montañas de Judea y de allí ha volado sobre la curva de los siglos en alas de la fe, en el eucologio cristiano, dicho por la Virgen María, en una hora feliz que precedió en meses a "la noche que fué nuestro día".

Los escritos en prosa, que a ratos es rimada, tienen la sugerencia de los apólogos de Oriente. El soplo arrullador de Tagore corre por ellos con el tenue susurro de una brisa suave. Oídla:

"Hace seis años que te espero, y aún no ha llegado el codiciado momento de cantarte la canción de cuna que llevo prendida entre mis labios. Hace seis años que te espero, y estoy segura de que algún día te sentiré medir el camino que te aproximará a mi corazón.

"Mis manos serán de seda, para que no te lastimen mis caricias; será más tenue mi voz para arrullarte; entibiaré mi beso, para que no te deje huella sobre el terciopelo de tus mejillas, y apagaré los latidos de mi corazón para que, al inclinar tu cabeza sobre mi pecho, su apresurado ritmo no altere la serenidad inicial de tu vida".

Ternura materna, ternura cuajada en ansias infinitas, impregna los doce poemas que forman este libro saturado de feminidad diáfana, de sencillez y de naturalidad. Es la savia vigorosa que sube por el tronco, en promesa de frutos, y que, al hallar dura la corteza, se convierte en canto interior y se eleva al cielo en oración alada: